

Véase lo que dijeron los radicales de Reus... por medio de un manifiesto firmado por la Fraternidad y Juventud Republicana Radical de aquella localidad...

Y ahora Alejandro Lerroux acaba de decir á esa misma multitud que en el hábita puesto un tesoro de alegría y esperanza...

Nosotros seguimos creyendo que la salvación de España, como nación y como todo, está en la tea incendiaria y en la barricada...

Rebelaos contra todo, no hay nada ó casi nada bueno. Rebeldes contra todo, no hay nada ó casi nada justo...

Entonces era el hambriento, el miserable, el que dio á Lerroux su valor, su prestigio, su vida. Con elástica pedaleada, el último de su reputación...

No, no iremos al mitin y hacemos un llamamiento á cuantos se crean dignos de un bocado de dignidad y de honradez humana...

Esto dicen los radicales de Reus, haciendo que debido á esa actitud del pueblo, el caudillo haya suspendido el antedicho mitin y si siquiera se atreviera á ir á aquella localidad...

Nuestra revolución: la revolución de los que nada tienen porque han sido corrompidamente robados por cuantos se hallan sobrados de todo...

Los ricos, hablando de la estatua, decían con orgullo: «Nuestra obra». Reunieronse los más acudados é inultantes...

«No es posible enseñar ni hablar de nada cuando se sufre opresión, cuando sólo la mente y el ideal se remontan cuando el estómago bien nutrido no tortura el cuerpo con los retortijos del hambre...»

«El momento actual, imposible por todos conceptos, hay que borrarlo de la historia y para hacerlo, es de precisión pasar sobre él una esponja empapada en sangre de revolucionario...»

«La revolución del Lerroux de hoy, niño mimado de los aristócratas y de los millonarios, sera esa, la del maestro de escuela, cuyos frutos necesitan para madurar largos y largos años...»

«Nuestros hermanos de la revolución en la calle con cañones y con barricadas, y sobre las ruinas alzadas la escuela, que ha de ser la hermosa continuación...»

«Esta protesta justifica que los revolucionarios de la última huelga general no tienen el apoyo de los sinceros revolucionarios, puesto que están en desacuerdo con el caudillismo y con los miserables que pretendieron que la solidaridad obrera de Barcelona no se manifestara cual otras veces...»

«Después de todo, no podemos pasar por un conjunto de borregos, pertenecer á ningún partido político, pues de lo contrario seguirán, como hasta aquí, siendo víctimas de todos los vividores políticos, llamense republicanos ó socialistas...»

«Los trabajadores que verdaderamente quieren laborar por su mejoramiento económico y por una sociedad más humana que la actual deben abandonar los partidos políticos todos entrando en los sindicatos obreros para preparar la revolución social de que es una manifestación la huelga general...»

«Los trabajadores que verdaderamente quieren laborar por su mejoramiento económico y por una sociedad más humana que la actual deben abandonar los partidos políticos todos entrando en los sindicatos obreros para preparar la revolución social de que es una manifestación la huelga general...»

«Los trabajadores que verdaderamente quieren laborar por su mejoramiento económico y por una sociedad más humana que la actual deben abandonar los partidos políticos todos entrando en los sindicatos obreros para preparar la revolución social de que es una manifestación la huelga general...»

«Los trabajadores que verdaderamente quieren laborar por su mejoramiento económico y por una sociedad más humana que la actual deben abandonar los partidos políticos todos entrando en los sindicatos obreros para preparar la revolución social de que es una manifestación la huelga general...»

Muerto el Justo, hubo en la ciudad mucho duelo y alegría á la par. Duelo en aquellos que, animados por su valeroso ejemplo, habían afrontado la clemencia del tirano y arriesgado las represalias con que la ciudad se hubiera ensangrentado á no haber sido vencido el hombre nefasto...

Allegria en aquellos otros que, en cuadrillas feroces, aullaban rabiosamente alrededor del hombre que en la plaza pública fulminaba el rayo de su indignación y de su protesta contra la insolencia de la soldadesca, la maulería de los magistrados y la imbecilidad del pueblo...

El extranjero que por primera vez pisase el suelo de la capital, hallaría que la multitud que vagaba por las calles tenía un aspecto inquieto y raro desabocado, explicable únicamente para los que conocieran las pasiones que durante muchos años luchaban en el país...

Este aspecto indicaba los sentimientos de los individuos, separados en dos bandos irreconciliables. La alegría intensa que iluminaba los rostros de unos contrastaba con la aflicción grabada en los otros...

Para insultar ese dolor (mientras en la sociedad humana haya clases, la plebe, incluida por desheredada, tendrá siempre la alegría brutal) se oían cantos en que se insultaba el nombre del muerto, con el fin de que sus admiradores interrumpiesen su actitud y se desvirtuase el homenaje rendido á las virtudes del héroe...

Pasó tiempo, y si saber cómo, tal vez de los elogios entusiastas cogidos al vuelo de una conversación entre dos sencillos cargadores del muelle, surgió la idea de honrar la memoria del pensador ilustre y del orador elocuente, cuya fama pasó las fronteras y cruzó los mares, disputándose todos á porfía el cumplimiento de los deberes filiales...

La idea de glorificar al Justo, aniquilado por las fuerzas destructivas que compensando a las productoras mantienen el equilibrio en la naturaleza, se concretó con el propósito de erigirle una estatua, imagen de mármol, frente á las de los dioses, de los semidiosos y de los héroes que de la multitud reverenciaba...

El entusiasmo de los congregados bajo la égida del nombre del Justo fue inmenso... El oro alfiata: había dones fastuosos de ricos que decían hallarse de acuerdo con el pensamiento del Justo, y mínimas ofrendas de infelices que le habían reconocido como su defensor...

Los ricos, hablando de la estatua, decían con orgullo: «Nuestra obra». Reunieronse los más acudados é inultantes para imponer su dominio, porque no convenía—¡qué había de convenir!—dejar á la plebe su iniciativa, y delegaron á uno de los suyos para que visitara al zapatero Liberto, cuyo trato era solicitado por aquellos eccléticos que gustaban de ser vistos en el portal del remendón y afectaban gran placer en estrechar entre sus manos finas y perfumadas la sucia y callosa del pobre trabajador...

El enviado de los ricos entró en el cuchitril, y después de los saludos dijo: «¡Liberto, vengo enviado por los que han decidido rendir eterno homenaje á aquel cuya pérdida es para ti, como para ellos, motivo de gran dolor. Sabemos que eres pobre y que te sacrificas por otros más pobres aún, y por lo mismo no te pedimos una moneda, solicitamos el apoyo de tu nombre que ama la multitud...»

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstruir la vía pública con un bulto inútil?»

«Por otra parte, aunque esa estatua fuese la obra de arte que alumínase, comoviese y se impusiera á la admiración de las gentes, aunque fuese grande como el asalto de los titanes, graciosa como la cazadora mitológica, alegre como el fauno danzando al son de la flauta, ¿qué tendría que ver con la belleza interior? Informe del Justo, que es como una llama fugaz, imposible de retener en los estrechos límites de una forma? Más aún: si un artista verdaderamente genial, comprendiendo la obra del Maestro, quisiera representarla sus grandes bellezas y para ello se desprendiera de las tradiciones y rechazase el arte de convención en que el genio agoniza; si quisiera él también una obra fuerte, personal, única, no la comprenderías, os dejaría fríos, os haría sus enemigos; insultarías al artista ridiculizando las facultades creadoras de su genio...»

«Aunque inconscientemente, otro móvil os guía. ¡Habituado á la multitud á glorificar los héroes, cada uno de vosotros aspira á merecer ese honor. Queréis inmortalizaros, no por vuestras obras, que haría sabéis el desprecio que merecen, sino por méritos fingidos y por la reproducción en materia inerte de esa figura dentro de la cual encerráis vuestras deficiencias morales y la superabundancia de vuestros vicios...»

«Los dos estaban en pie á la entrada del portal remendón. El enviado se inclinó delante de Liberto, quien con grandioso ademán, mostrándole el horizonte enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, murmuró más bien que dijo: «En su propio esfuerzo, en su incansante labor, en la extensión infinita de sus combates encontró el Maestro su más bella recompensa...»

A los que le habían enviado refirió el mensajero las palabras de Liberto. «Nadie las comprendió, por eso, los torpes, las acogieron con burlas, injurias y sarcasmos. Después, el zapatero filósofo, en su portal, dió curso á su pensamiento al compás de la herramienta con que trabajaba el cuero...»

G. DUBOIS-DESAGLLES (Del Boletín de la Escuela Moderna)

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstruir la vía pública con un bulto inútil?»

«Por otra parte, aunque esa estatua fuese la obra de arte que alumínase, comoviese y se impusiera á la admiración de las gentes, aunque fuese grande como el asalto de los titanes, graciosa como la cazadora mitológica, alegre como el fauno danzando al son de la flauta, ¿qué tendría que ver con la belleza interior? Informe del Justo, que es como una llama fugaz, imposible de retener en los estrechos límites de una forma? Más aún: si un artista verdaderamente genial, comprendiendo la obra del Maestro, quisiera representarla sus grandes bellezas y para ello se desprendiera de las tradiciones y rechazase el arte de convención en que el genio agoniza; si quisiera él también una obra fuerte, personal, única, no la comprenderías, os dejaría fríos, os haría sus enemigos; insultarías al artista ridiculizando las facultades creadoras de su genio...»

«Aunque inconscientemente, otro móvil os guía. ¡Habituado á la multitud á glorificar los héroes, cada uno de vosotros aspira á merecer ese honor. Queréis inmortalizaros, no por vuestras obras, que haría sabéis el desprecio que merecen, sino por méritos fingidos y por la reproducción en materia inerte de esa figura dentro de la cual encerráis vuestras deficiencias morales y la superabundancia de vuestros vicios...»

«Los dos estaban en pie á la entrada del portal remendón. El enviado se inclinó delante de Liberto, quien con grandioso ademán, mostrándole el horizonte enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, murmuró más bien que dijo: «En su propio esfuerzo, en su incansante labor, en la extensión infinita de sus combates encontró el Maestro su más bella recompensa...»

A los que le habían enviado refirió el mensajero las palabras de Liberto. «Nadie las comprendió, por eso, los torpes, las acogieron con burlas, injurias y sarcasmos. Después, el zapatero filósofo, en su portal, dió curso á su pensamiento al compás de la herramienta con que trabajaba el cuero...»

G. DUBOIS-DESAGLLES (Del Boletín de la Escuela Moderna)

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstruir la vía pública con un bulto inútil?»

«Por otra parte, aunque esa estatua fuese la obra de arte que alumínase, comoviese y se impusiera á la admiración de las gentes, aunque fuese grande como el asalto de los titanes, graciosa como la cazadora mitológica, alegre como el fauno danzando al son de la flauta, ¿qué tendría que ver con la belleza interior? Informe del Justo, que es como una llama fugaz, imposible de retener en los estrechos límites de una forma? Más aún: si un artista verdaderamente genial, comprendiendo la obra del Maestro, quisiera representarla sus grandes bellezas y para ello se desprendiera de las tradiciones y rechazase el arte de convención en que el genio agoniza; si quisiera él también una obra fuerte, personal, única, no la comprenderías, os dejaría fríos, os haría sus enemigos; insultarías al artista ridiculizando las facultades creadoras de su genio...»

«Aunque inconscientemente, otro móvil os guía. ¡Habituado á la multitud á glorificar los héroes, cada uno de vosotros aspira á merecer ese honor. Queréis inmortalizaros, no por vuestras obras, que haría sabéis el desprecio que merecen, sino por méritos fingidos y por la reproducción en materia inerte de esa figura dentro de la cual encerráis vuestras deficiencias morales y la superabundancia de vuestros vicios...»

«Los dos estaban en pie á la entrada del portal remendón. El enviado se inclinó delante de Liberto, quien con grandioso ademán, mostrándole el horizonte enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, murmuró más bien que dijo: «En su propio esfuerzo, en su incansante labor, en la extensión infinita de sus combates encontró el Maestro su más bella recompensa...»

A los que le habían enviado refirió el mensajero las palabras de Liberto. «Nadie las comprendió, por eso, los torpes, las acogieron con burlas, injurias y sarcasmos. Después, el zapatero filósofo, en su portal, dió curso á su pensamiento al compás de la herramienta con que trabajaba el cuero...»

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstruir la vía pública con un bulto inútil?»

«Por otra parte, aunque esa estatua fuese la obra de arte que alumínase, comoviese y se impusiera á la admiración de las gentes, aunque fuese grande como el asalto de los titanes, graciosa como la cazadora mitológica, alegre como el fauno danzando al son de la flauta, ¿qué tendría que ver con la belleza interior? Informe del Justo, que es como una llama fugaz, imposible de retener en los estrechos límites de una forma? Más aún: si un artista verdaderamente genial, comprendiendo la obra del Maestro, quisiera representarla sus grandes bellezas y para ello se desprendiera de las tradiciones y rechazase el arte de convención en que el genio agoniza; si quisiera él también una obra fuerte, personal, única, no la comprenderías, os dejaría fríos, os haría sus enemigos; insultarías al artista ridiculizando las facultades creadoras de su genio...»

«Aunque inconscientemente, otro móvil os guía. ¡Habituado á la multitud á glorificar los héroes, cada uno de vosotros aspira á merecer ese honor. Queréis inmortalizaros, no por vuestras obras, que haría sabéis el desprecio que merecen, sino por méritos fingidos y por la reproducción en materia inerte de esa figura dentro de la cual encerráis vuestras deficiencias morales y la superabundancia de vuestros vicios...»

«Los dos estaban en pie á la entrada del portal remendón. El enviado se inclinó delante de Liberto, quien con grandioso ademán, mostrándole el horizonte enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, murmuró más bien que dijo: «En su propio esfuerzo, en su incansante labor, en la extensión infinita de sus combates encontró el Maestro su más bella recompensa...»

A los que le habían enviado refirió el mensajero las palabras de Liberto. «Nadie las comprendió, por eso, los torpes, las acogieron con burlas, injurias y sarcasmos. Después, el zapatero filósofo, en su portal, dió curso á su pensamiento al compás de la herramienta con que trabajaba el cuero...»

G. DUBOIS-DESAGLLES (Del Boletín de la Escuela Moderna)

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstruir la vía pública con un bulto inútil?»

«Por otra parte, aunque esa estatua fuese la obra de arte que alumínase, comoviese y se impusiera á la admiración de las gentes, aunque fuese grande como el asalto de los titanes, graciosa como la cazadora mitológica, alegre como el fauno danzando al son de la flauta, ¿qué tendría que ver con la belleza interior? Informe del Justo, que es como una llama fugaz, imposible de retener en los estrechos límites de una forma? Más aún: si un artista verdaderamente genial, comprendiendo la obra del Maestro, quisiera representarla sus grandes bellezas y para ello se desprendiera de las tradiciones y rechazase el arte de convención en que el genio agoniza; si quisiera él también una obra fuerte, personal, única, no la comprenderías, os dejaría fríos, os haría sus enemigos; insultarías al artista ridiculizando las facultades creadoras de su genio...»

«Aunque inconscientemente, otro móvil os guía. ¡Habituado á la multitud á glorificar los héroes, cada uno de vosotros aspira á merecer ese honor. Queréis inmortalizaros, no por vuestras obras, que haría sabéis el desprecio que merecen, sino por méritos fingidos y por la reproducción en materia inerte de esa figura dentro de la cual encerráis vuestras deficiencias morales y la superabundancia de vuestros vicios...»

«Los dos estaban en pie á la entrada del portal remendón. El enviado se inclinó delante de Liberto, quien con grandioso ademán, mostrándole el horizonte enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, murmuró más bien que dijo: «En su propio esfuerzo, en su incansante labor, en la extensión infinita de sus combates encontró el Maestro su más bella recompensa...»

A los que le habían enviado refirió el mensajero las palabras de Liberto. «Nadie las comprendió, por eso, los torpes, las acogieron con burlas, injurias y sarcasmos. Después, el zapatero filósofo, en su portal, dió curso á su pensamiento al compás de la herramienta con que trabajaba el cuero...»

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstruir la vía pública con un bulto inútil?»

«Por otra parte, aunque esa estatua fuese la obra de arte que alumínase, comoviese y se impusiera á la admiración de las gentes, aunque fuese grande como el asalto de los titanes, graciosa como la cazadora mitológica, alegre como el fauno danzando al son de la flauta, ¿qué tendría que ver con la belleza interior? Informe del Justo, que es como una llama fugaz, imposible de retener en los estrechos límites de una forma? Más aún: si un artista verdaderamente genial, comprendiendo la obra del Maestro, quisiera representarla sus grandes bellezas y para ello se desprendiera de las tradiciones y rechazase el arte de convención en que el genio agoniza; si quisiera él también una obra fuerte, personal, única, no la comprenderías, os dejaría fríos, os haría sus enemigos; insultarías al artista ridiculizando las facultades creadoras de su genio...»

«Aunque inconscientemente, otro móvil os guía. ¡Habituado á la multitud á glorificar los héroes, cada uno de vosotros aspira á merecer ese honor. Queréis inmortalizaros, no por vuestras obras, que haría sabéis el desprecio que merecen, sino por méritos fingidos y por la reproducción en materia inerte de esa figura dentro de la cual encerráis vuestras deficiencias morales y la superabundancia de vuestros vicios...»

«Los dos estaban en pie á la entrada del portal remendón. El enviado se inclinó delante de Liberto, quien con grandioso ademán, mostrándole el horizonte enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, murmuró más bien que dijo: «En su propio esfuerzo, en su incansante labor, en la extensión infinita de sus combates encontró el Maestro su más bella recompensa...»

A los que le habían enviado refirió el mensajero las palabras de Liberto. «Nadie las comprendió, por eso, los torpes, las acogieron con burlas, injurias y sarcasmos. Después, el zapatero filósofo, en su portal, dió curso á su pensamiento al compás de la herramienta con que trabajaba el cuero...»

G. DUBOIS-DESAGLLES (Del Boletín de la Escuela Moderna)

«¡Si cuando vivía el Justo, ante su cuerpo impotente para los esfuerzos físicos, puse mi robustez y mi energía como escudo protector contra los golpes que le destinaba un populacho imbecil y feroz. Si: más de una vez por la fuerza de mis puños obtuve silencio para que en las encrucijadas y en la plaza pública fuese oída su voz verídica; temiendo el vigor de mi brazo y la energía de mi decisión, los pobres y ferozes ignorantes callaban, y aquello que entonces hice estoy dispuesto á repetirlo, con ánimo y alegría. Esto sentado, tu oficio me prueba que todos vosotros ignoráis mi lógica; porque aunque digáis que han de destuirse los dioses en la imaginación de los hombres, y que no hay que prosternarse ante insensibles imágenes; lo cierto es que como el salvaje prosero y supersticioso creáis nuevos fetiches...»

«Los dioses han muerto, y ante sus restos no se han de erigir ot á imágenes que en lo venidero se conviertan en dioses. Yo soy pobre; pero mi palabra, libre de los hilos de oro que mantienen cautiva la vuestra, es poderosa por lo mismo que es sincera. La multitud incluta no ve más allá del hecho material, y ante una estatua verá un homenaje al hombre, nada en concepto de su pensamiento ni de sus doctrinas...»

«Las castas superiores. Los privilegiados, han tenido y tienen siempre y en todas partes el mismo objetivo: la posesión del poder, y cuando glorifican al jefe de su elección, sólo se proponen arrojar á la adoración de las masas un nuevo prestigio en beneficio de la propia potencia. Así, con el honor que queráis tributar al Justo, forjaréis un arma nueva para conservar vuestro dominio. Yo combati á su lado porque comprendía y amaba su obra fuerte y sana y sobre todo porque nunca quise ser un amo...»

«¡Vosotros queréis ser buenos amos; pero sabed que para mí, el mejor de los amos es el peor, porque hace amar la esclavitud y atenúa la odiosidad de la obediencia hasta hacerla soportable...»

«El Justo ha muerto, su cuerpo se ha disociado, su pensamiento, lo único imperdurable, sobrevive en sus obras. A sus amigos y continuadores corresponde esparcirle con prodigalidad. Tenemos papel, tenemos la imprenta. ¿Qué más necesitamos?»

«Con el oro de vuestra estatua, innumerables habitantes de nuestros campos, imbuidos en las creencias añejas y falsas, aprenderían las ideas del Justo calumniado por sus adversarios; conocerían, no su figura, cantidad sin valor, sino el pensamiento que le animaba. ¿No comprendéis que eso sería infinitamente más útil y fecundo que obstr